

Niña puente

Ana Claudia Martínez



Capítulo 1

Estaban fumando un porro en un motel precario de la zona de ciudad vieja. Chico, triste, lúgubre. Las cortinas eran un colador sin nada para alimentar el estómago pero le daba un toque grunge al encuentro.

- Quiero que me cojas como si yo misma me cogiera – se lo dijo entre atrevida y tímida. Las mejillas se le tiñeron de un suave rosado, como el sol poniente en una playa desierta, que les eyacula a las nubes el último rastro de éxtasis que le queda y desoladas las abandona en el cielo oscurecido sin preámbulos.

No sabía qué debía responder porque no se trataba de una pregunta sino la expresión de un deseo. O una afrenta solapada en la mirada esquiva. Decidió dar una última pitada y cagarse un poco de risa antes de dar rienda suelta a la humedad que no pedía permiso entre las piernas.

- ¿Querés la puntita? Te la regalo.

- Acá no hay puntitas. Solo putitas. Vos y yo. Dejámela en el morral pero no dejes de mirarme – se lo dijo descorriendo un poco el corpiño deportivo hacia un lado.

Un pezón chiquito, y a tono con aquel color que le tiñó las mejillas unos minutos antes, asomó con toda la dureza de un guerrero que sale a la última batalla: a cortar cabeza y despedazar cualquier amenaza.

Le estaba dando señales de cómo quería ser cogida y, por el dolor que le provocaba aquellos dientes aserrados, no era entre algodones. Para ese sexo de helados de verano estaban sus encuentros con esos novios esporádicos de los que le había contado al pasar. Enfrascada en interpretar un papel, para escapar a lo que era su verdadera esencia, la percibía reprimidamente delicada, como si cada pene fuese un buen cucurucho donde surtir bolas de sabores dulces. Besos calmos y crepusculares como los que dejan rastro en el puerto puntaesteño o los clips de electrónica que se empeñan en mostrar eternos adolescentes con amores repetidos y superficiales.

Nunca le habían mordido los pezones. Tampoco le habían aplicado la tenaza. Esa técnica –sí, debía ser una técnica – era desconocida, pero de un placer que solo se descubre a través del dolor. Por temor siempre se había resistido a las fuertes embestidas o una penetración mayor a dos dedos. Pero este puente que Tamis le ofrecía no era para quedarse paralizada a mitad de camino. Sin querer se sintió, una vez más, detenida en el vértigo de aquel puente colgante que atravesaba el arroyo en La Coronilla. Las aguas marrones, violentas, que arrasaban con toda la

vegetación en sus costados, se metían, atrevidas, transgresoras, en los labios abiertos del mar picado por el viento.

Al abrir los ojos pudo ver que ya no estaba siendo mordida en los pequeños cerros sino que la maraña de pelos le cubría la entrepierna en un hipnótico subi-baja. La lengua, amplia y carnosa, envolvía con ansiedad el pequeño molusco que se recubría en su tierno capullo.

- ¡Ay! Me dolió. Un poco más suave que es sensible – se sorprendió, pidiendo clemencia, cuando ella era la experta en coger con mujeres y, supuestamente, aquella chica estaba teniendo su primera experiencia con ella.

- Shhh... Confiá en mi ignorancia. No sé lo que estoy haciendo, solo me estoy cogiendo a través de tu cuerpo y solo busco el placer.

No pudo contradecirla porque le estaba arrancando quejidos con los círculos trazados por el índice alrededor del clítoris. Parecía jugarle con el deseo de que le enterrara alguno en ese vacío lleno de agua para, a último momento, seguir en la misma zona tibia y palpitante.

Una sola vez se había animado a atravesar el puente. Iba con su primo. Quedó estaqueada en la mitad, arrollada en sí misma y pegada a las tablas endebles, sin poder dar un paso más. Escuchaba que le alentaba a cruzar y que no fuese una cagona, que no iba a pasar nada, que diera unos pasos más y estarían del otro lado. Pero era más fuerte que ella y el vértigo le hacía ver todo borroso. De a poco fue perdiendo la capacidad de respirar con normalidad. Agitada sentía que se le escapaba el oxígeno y moriría de un momento para otro: asfixiada o cayendo a ese arroyo siniestro. En un momento sintió cómo su primo la tomaba por debajo de las axilas, sin darse cuenta que le rozaba esos pequeños botoncitos, retrasados, de trece años, sensibles y llenos de una vida que desconocía. Sin otra cubierta que el vestidito floreado de playa sintió las manos ásperas como la fuente de la cual pudiese beber al estar a punto de morir. Lejos de aflojarse para poder continuar con el trayecto en aquel puente maldito quedó aún más rígida. Su primo le rodeó el pecho con un brazo, musculoso por ser un chico de mar, y con la otra mano le sostuvo entre las nalgas para lograr que se parara. La corteza en la piel de esas manos de playa le erizó la de los glúteos. Nunca se hubiese imaginado que se encendiera una fogata sobre el agua. Pero unas gotas húmedas parecía escapar del hueco entre las piernas y, a la vez, unas llamas le encendían sin poder unir las extremidades. No creía en la magia y toda vez que veía un mago hacer sus trucos se preguntaba con qué extraños artilugios le hacían caer, por un segundo, en la trampa de que sí era posible lo increíble. Pero ahí estaba. La realidad directa en su cuerpo de niña crecida, de mujer aun no concebida, cuerpo de niña puente, que no se atreve a dar el paso hacia el otro lado, el definitivo, y con ese primo

que en medio del fuego líquido la incita a correr el riesgo.

- ¿Te gusta? Vos sos mina de playa, me dijiste. ¿Tu mar sabe igual que este? - le preguntaba, a lo cíclope, mientras le introducía los dedos ensopados de ella en la boca. Se sorbía salada e infantil como cuando se pasaba la lengua por los brazos para extrañar un poco menos el mar cuando debió mudarse a la ciudad.

- Qué bueno me animé a llegar al otro lado del puente - chupaba con fruición aquellos dedos largos como los juncos entre las dunas, los que le sacaban lengüetazos de sangre al jugar a las escondidas en horas de la siesta.

Ahora, con esa chica llena de pecas entre las piernas, recordándole que el cielo poblado de estrellas puede iluminar el vientre, sentía a su primo en esa lengua oscurecida por lo prohibido.

En el orgasmo escuchó de nuevo aquel "te amo" que la ayudó a cruzar el puente, que le deslizó el vestido hasta el cuello para verla en toda su desnudez de prima que se mira pero no se toca, le besó con la salitre entre los juncos y, descendiendo, en la otra boca, inflamada y urgente, para que supiera que una mujer puede ser besada en dos extremos.

En la letanía del porro vencido y haber muerto unos segundos en la lengua de Tamis se preguntó si sería capaz - ¿lo sería? - de cogerla como ella quería ser cogida, cuando estaba habituada - imposibilitada a esta altura - a hacer algo diferente que no fuese el amor.